

**Homilía en la Santa Misa del Domingo de Pascua de la Resurrección del Señor
S. I. Catedral de El Burgo de Osma (Soria) – 24 de abril de 2011**

Muy queridos hermanos:

Una gran noticia recibíamos anoche en la solemne Vigilia Pascual: “*¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí... ¡ha resucitado!*” (Mc 16, 6). Sí, hermanos, Cristo ha resucitado y ésta es la noticia que inunda de alegría nuestras vidas. No seguimos a un muerto sino a Cristo vivo y presente entre nosotros. El que aparentemente había fracasado al morir en la Cruz, aparece victorioso venciendo la muerte para siempre.

Fruto de ello, los discípulos -que le habían seguido y regresan ahora a sus casas después de su muerte con la maleta cargada de desilusión- cuando descubren que es Jesús quien les acompaña vuelven a ver renacer en lo más profundo de su ser la esperanza y la alegría... ¡porque el Maestro vive! Es ahora cuando los discípulos entienden aquello que Él les había dicho cuando afirmó que al tercer día resucitaría de entre los muertos.

De este modo, la Resurrección de Cristo da sentido a la alegría de nuestra celebración de hoy y a toda nuestra vida cristiana: Cristo vive en medio de nosotros, victorioso del abismo, resucitado por el Padre con la fuerza del Espíritu Santo. Sí, en verdad la Resurrección de Jesús es hoy un verdadero motivo para sentirnos contentos y profundamente alegres pues celebramos el triunfo de nuestro Maestro sobre la muerte y el pecado, y por lo mismo nos sentimos solidarios con su triunfo y su victoria.

Pero no sólo nos sentimos alegres por solidaridad con el triunfo y la victoria del Maestro sino porque todos nosotros participamos verdaderamente de su triunfo y su victoria. Sí, también nosotros hemos resucitado con Él; así, la última palabra para nosotros como cristianos no la tiene ya la muerte, porque ha sido vencida por Cristo, sino que esa última palabra la tiene la Vida.

Por ello, alegrémonos, amados hijos y hermanos, porque somos destinados a vivir y a resucitar con Cristo en un doble sentido: en primer lugar, somos llamados a vivir y resucitar con Cristo a una vida nueva **ahora**, viviendo ya una vida nueva en la que el pecado no tenga cabida pues sabemos que estamos destinados a vivir la vida de la gracia, la vida de amistad con el Señor. En este sentido, resucitar para nosotros significa que hemos dado muerte en nosotros a la vida de pecado, y hemos resucitado ya a una vida nueva, a un estilo de vida que nos ofrece Cristo caracterizado por el amor a Dios y a los hermanos. Así, resucitar supone abandonar todas nuestras actitudes antiguas, viejas, de pecado, para vivir la nueva vida de verdaderos hijos de Dios que Cristo -con su muerte- nos ha logrado.

Pero, en segundo lugar, la Resurrección de Cristo nos hace merecedores de la Resurrección eterna **al final de los tiempos** para unirmos definitivamente a Cristo y gozar con Él y sus ángeles y sus santos de la Bienaventuranza eterna.

Así pues, queridos todos, recordemos hoy una vez más que nuestra solidaridad con la victoria y el triunfo de Cristo, y nuestra participación personal en su triunfo sobre la muerte y el pecado resucitando a una vida nueva que nos vaya preparando para resucitar un día gloriosamente con Él, son los verdaderos motivos de nuestra alegría. Alegría,

profunda alegría que hoy se manifiesta de modo especial. Sin embargo, esta alegría de hoy no se agota en este santo día sino que se deberá reflejar cada domingo al reunirnos para celebrar la Eucaristía como una verdadera fiesta de la fe.

Es cierto que hoy celebramos la fiesta más importante del año litúrgico pues celebramos el triunfo definitivo de nuestro Señor. De este modo si hemos celebrado con verdadero fervor, admiración y agradecimiento el misterio de su Muerte en el Viernes Santo, tendremos que celebrar con verdadero gozo y alegría su triunfo en la Resurrección. Hoy es nuestra verdadera fiesta, hermanos, porque hoy hemos sido engendrados como nuevas criaturas; hoy hemos pasado -con Cristo- de la muerte a la vida, de las tinieblas a la luz, del pecado a la gracia. Por ello, sintámonos resucitados con Cristo y vivamos nuestra nueva condición de redimidos y resucitados en todos los momentos de nuestra vida.

Pero la alegría que hoy emana de la Cruz vacía y de la losa del sepulcro corrida no sólo la tenemos que vivir en privado -cuando nadie nos ve- sino que habremos de ser testigos de esta gran noticia con nuestra vida, como los apóstoles, y anunciarla con valentía como ellos hicieron. Sabemos que aquellos discípulos, cuando Jesús muere, se encierran en casa por miedo a los judíos pues aún no habían entendido lo que Cristo les había anunciado. Sin embargo, cuando el Señor resucitado se les aparece vivo realmente se van a transformar: su cobardía se transforma en valentía e intrepidez para proclamar con toda valentía: *“Aquél a quien vosotros matasteis colgándolo de un madero, Dios lo ha resucitado y nosotros somos testigos de ello”* (Hch 5, 30)

De igual modo, hermanos, nosotros estamos llamados a ser testigos de Cristo resucitado en nuestro mundo actual: en un mundo, lo sabemos, aparentemente sin Dios, dominado en algunos ambientes por un insano y agresivo laicismo empeñado en expulsar a Dios del corazón de la sociedad, sin querer reconocer su presencia e importancia... en un cierto mundo así, nosotros tenemos que ser testigos de que Dios sigue presente en la vida del hombre, acompañándolo en cada momento, dirigiendo la Historia con providencial amor.

Sí, hermanos, en un mundo sin esperanza hemos de proclamar que Cristo sigue vivo, que ha resucitado y nosotros participamos de su triunfo, y que un día poseeremos su misma gloria si somos capaces de orientar y vivir nuestra vida desde sus criterios y estilo. ¡Digámoslo con valentía pues esta noticia es razón más que suficiente para vivir en esperanza, incluso en los momentos malos y de dificultad, en los momentos en los que parece que se nos cierran todas las salidas! En esos momentos, sí, Dios vivo sale a nuestro encuentro.

Las puertas de la Vida, de la auténtica, se nos han abierto con la victoria del Maestro. Es esta Vida, en un mundo dominado por la muerte (muerte de inocentes e indefensos; muertos por la lacra mundial del terrorismo y de las guerras; muertos por la infravaloración de la vida humana) la que hemos de proclamar con voz fuerte y convencida. ¡Seamos heraldos del Evangelio de la Vida! Seamos anunciadores de la gran noticia: que Cristo vive y da la vida y sólo Él es Señor de la Vida; así jamás olvidaremos que nosotros sólo somos administradores que deben respetar la vida propia y la de los demás como el mayor y más sagrado de los tesoros recibidos.

En fin, hermanos, en un mundo triste -a pesar del ruido y el bullicio-, lleno de egoísmos, insolidario, etc. nosotros, con nuestra vida, hemos de proclamar la verdadera alegría -la que no pasa y colma la sed de alegría del corazón humano- porque amamos, porque somos solidarios con los necesitados, porque la victoria de Cristo nos ha llamado a querernos como Él nos quiso. Aquí radica, lo sabemos bien, la auténtica felicidad y el gozo perdurable: en el amor al prójimo, reflejo del amor recibido de Dios.

Ojala hoy sintamos el deseo profundo de vivir como auténticos resucitados en nuestra vida cotidiana siendo testigos de la alegría de la Resurrección en nuestro mundo. ¡Feliz Pascua de Resurrección para todos! Amén.